

Entrevista a Adolfo Castañón

Samuel Serrano

Poeta, ensayista y traductor, Adolfo Castañón (México, 1952) reflexiona en esta entrevista sobre el carácter utópico de la literatura hispanoamericana, los problemas de la ética, la estética, las virtudes del ensayo y la era de glaciación del espíritu en que parece adentrarse nuestro tiempo.

—Quisiera que nos hablara en primer término de su infancia, de los poemas que le recitaba su padre —de quien sabemos por su ensayo sobre Leo Perutz que era un apasionado lector y que poseía una gran biblioteca jurídica— y de la forma como estas primeras experiencias pudieron influir en su vocación literaria.

—La biblioteca de mi padre estaba muy lejos de ser exclusivamente jurídica. Había ahí libros de literatura, historia, filosofía, religión, ciencia, teoría política y derecho. Mi padre nos solía recitar poemas de Antonio Machado, por ejemplo el dedicado «A un olmo seco» o contarnos de memoria cuentos de Oscar Wilde como «El príncipe feliz», «El ruiseñor y la rosa», «El gigante egoísta». Mi madre nos contaba también cuentos como «El mago de Oz» o historias interminables que ella misma inventaba y en las que introducía sabiamente datos de la realidad familiar. En la mesa, a la hora de la comida o de la cena, mi padre hablaba con mi madre de los huéspedes, a veces bestiales, de esos museos de lo efímero que son los periódicos. Durante los viajes, mi madre entonaba canciones y corridos populares como el de «El hijo desobediente». Todo eso, me imagino, fue dejando un sedimento en mi interior y ayudaría al despertar de mi vocación literaria.

—En el prólogo de su libro La campana y el tiempo, que compila varios de sus libros de poemas, Juan Gustavo Cobo Borda señala que usted es un lector que se hizo cantor para indicar cómo su voracidad literaria fue lo que principalmente lo indujo a escribir poesía. ¿Podría

contarnos cómo nace su amor por la lectura y cómo surgen sus primeros poemas?

—Quiero y respeto muchísimo a Juan Gustavo Cobo Borda, lector, poeta y ensayista al que admiro desde hace muchos años. Él es libre de pensar de una forma y yo soy libre de sentir de otra. Mis primeros amores literarios tuvieron que ver con esas formas de poesía que son la historia y la arqueología. De niño y luego de adolescente yo estaba muy interesado por las civilizaciones desaparecidas o extintas y sentía vivamente la poesía de las ruinas, la estética del fracaso y la interrupción.

Entre mis primeras lecturas sólo recuerdo ahora algunas que memoricé: trozos de *Las mocedades del Cid*, de poemas de Amado Nervo, como «La raza de bronce», o fragmentos de *La Divina Comedia*. Los primeros ejercicios poéticos que recuerdo tuvieron que ver con una cierta preocupación, angustiosa y angustiada por expresar mi incipiente sexualidad. Otros ejercicios tenían que ver con una cierta voluntad traviesa de celebrar oblicuamente a los diversos protagonistas de mi circunstancia. Otros más eran largos monólogos donde el autor exploraba su identidad. Otros en fin tenían que ver con ciertas situaciones mitológicas: *El minotauro de Creta* me fascinaba y le dediqué a su emblema un laberinto poético.

—Existen dos personalidades de las letras mexicanas que han ejercido un influjo decisivo en su vocación de escritor; me refiero, claro está, a Alfonso Reyes y a Octavio Paz, de quien usted ha sido su atento y adelantado lector. ¿Querría contarnos cómo fue su relación con estos maestros?

—Con Alfonso Reyes no tuve una relación personal; en cambio, con Octavio Paz sí tuve la oportunidad de trabajar y de convivir con él e incluso de llegar a ser su amigo y ¿por qué no decirlo? su discípulo.

Pero si bien no tuve una relación personal con Alfonso Reyes, desde por lo menos 1977, a los veinticinco años, lo empecé a leer y «desde entonces no he dejado de hacerlo», para traer aquí la voz de Sören Kierkegaard.

La pasión acuciosa con que leí a Alfonso Reyes fue precisamente un espacio, una especie de escalera imaginaria que yo subía y bajaba con Octavio Paz a lo largo —a lo muy largo— de nuestras conversaciones en vivo y telefónicas. A Octavio Paz lo perseguía un demonio: el de la

conversación y, en particular el de la conversación telefónica. La unidad mínima de una llamada con él era de media hora, pero podía llegar a dos o tres. Obviamente, mi relación con Paz fue en muchos casos una relación de trabajo; en otros, una relación, digamos de correligionario en la Guerra Santa de la literatura y de la crítica; en otros, una relación filial...y en el horizonte siempre estaba presente Alfonso Reyes. Incluso cuando escribí el poema largo *Recuerdos de Coyoacán* ese diálogo entre ellos a través de mi persona fue lo que permitió y sostuvo la escritura del poema.

Pero si bien mi relación con don Alfonso Reyes fue sólo por escrito, la familiaridad, la frecuencia y la constancia en la lectura me fueron abriendo puertas para conocer mejor su vida y su obra. Como datos curiosos recordaré que mi padre asistió al curso que dio Alfonso Reyes sobre la *Antigua retórica griega* en la Facultad de Filosofía y Letras allá por 1946 y que en 1957, cuando yo tenía tres años, don Alfonso Reyes asistió a una Feria del Libro y se detuvo por un momento en el lugar donde se exponían las publicaciones históricas de la Secretaría de Hacienda a cuyo cargo estaba mi padre quien ese día, por alguna razón, estaba acompañado de su esposa Estela y de sus dos hijos, la menor: Margarita de dos años y el mayor, de tres, Adolfo, es decir el de la voz...

—*Dos figuras igualmente tutelares en su obra son Michel de Montaigne y George Steiner a las cuales ha dedicado sendos libros de ensayos en los que establece la importancia de su legado y la grandeza de su pensamiento. ¿Podría decirnos cuáles son las principales enseñanzas que ha recibido de estos autores y qué deuda cree tener con ellos?*

—Michel de Montaigne y George Steiner me han enseñado a tratar de pensar correctamente, es decir, en la dirección correcta. He visitado varias veces la torre de Montaigne cerca de Burdeos, en Francia, y tengo un librero lleno de ediciones diversas de los *Ensayos* y de obras históricas sobre él. En la última visita a la torre, en julio de 2005, mirando las sentencias escritas en las vigas del último piso de la torre, se me ocurrió una idea extravagante, pero poéticamente necesaria: Montaigne tuvo que haber tenido alguna forma de leer acostado, quizá incluso tuvo un lecho precursor con ruedas. En seguida de traducir *Después de Babel* de George Steiner tuve la fortuna de conocerlo y de

hacerme su amigo. En ambos casos, lo que quisiera rescatar de sus enseñanzas es la generosidad en el sentido más amplio y profundo de la palabra. Esto incluye –para citar a Jorge Luis Borges– el deber de ser feliz. Un deber que empieza en uno, pero que no sabe uno en realidad dónde o en quién o en qué concluye.

—Háblenos del ensayo, ese género centauro –como lo denominó Alfonso Reyes– en el que, en compañía de la poesía, ha venido forjando su mapa intelectual a través de sus diferentes trabajos, recogidos en libros como La gruta tiene dos entradas, América sintaxis y otros. ¿De qué manera piensa que el ensayo se relaciona con la poesía y en qué medida cree que el ejercicio de éste puede favorecer a aquélla?

—En cierto pasaje Plutarco refiere que se encontraban conversando dos propietarios rurales romanos. Uno de ellos le presumió al otro que en su quinta había un centauro, de carne y hueso. El otro lo miró con ojos traviosos y le dijo: «Tienes que tener más cuidado con la higiene sexual de tus pastores».

Esta anécdota expresa con nitidez el hecho clave de la condición híbrida, promiscua, mestiza y por así decir multicultural del ensayo. Creo con Alfonso Reyes y Gabriel Zaid que el ensayo es el género literario *par excellence*, incluso más que la poesía que es en cierto modo anterior a la letra escrita y contemporánea de la religión.

—Ha señalado que el ensayo latinoamericano, para seguir con esta imagen mitológica que alude al carácter híbrido del género, es «un centauro con mucho caballo político e ideológico y con poca humanidad». ¿Cómo podríamos convertir a ese locuaz yahoo latinoamericano en un valiente sagitario, es decir, en un centauro guerrero y pedagogo al mismo tiempo? Dentro de nuestra tradición ¿quiénes cree que lo han logrado?

—Poner nombres en una lista puede ser invariablemente arbitrario: Vélez de Guevara, Suárez de Figueroa, Gracián, Quevedo, Larra, Castelar, Gómez de la Serna, Ortega, Azorín, Unamuno, Ganivet, D’Ors, Tovar, Díez del Corral, Trías. Savater, Nicol, García Calvo, Camps, Echevarría por el lado oriental, es decir, peninsular y en América, Andrés Bello, Martí, Gutiérrez Nájera, Gómez Carrillo, Rubén Darío, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, José Bianco, Julio Torri, Baldome-